

BIBLIOGRAFÍA

TEOLOGÍA

Tomás HALIK, *Quiero que seas, Sobre el Dios del amor*, Herder, Barcelona 2018, 233 pp.

Pregunta inicial. ¿De dónde procede el amor? La primera mitad de s. XX nos habla de todo lo contrario: horrores de la guerra, genocidio, etc. Pero también podemos tener la intuición de que la ternura y la bondad, la luz y la calidez de la vida dan contenido al amor. Ignacio de Loyola dice que el amor se demuestra en los hechos, pero ponerse a reflexionar sobre el amor es un hecho. Para la filosofía analítica, “Dios es amor” es inadmisibles, como un juego lingüístico, pero desde el Evangelio encontramos la doble versión: amor a Dios y amor al enemigo. La desaparición de Dios no tiene por qué ser simplemente una noche oscura, puede ser un elemento de la relación mística con Dios. Si Dios desaparece, será necesariamente en nuestra relación con el prójimo. Para Teilhard de Chardin, el amor es la única fuerza que puede unificar las cosas sin destruirlas. Junto a los desastres tenemos conciencia del humanismo secular y del heroísmo de la fe.

Con frecuencia, esperamos de Dios respuestas, sin embargo, Dios es pre-

gunta. Job: “Yo te preguntaré y tú me darás las respuestas”. Preguntas como ¿Dios existe? ¿Tiene sentido el amor? No se responden en el aula de metafísica, sino en la vida misma; la verdad no se demuestra, se muestra y se corrobora a través de la propia vida. La solidaridad de Jesús se detecta en el grito del Salmo 22: “*Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?*”, relacionado con el Credo en su expresión “descendió a los infiernos”; es la solidaridad de Jesús con los pecadores, que pagó el salario del pecado. La pregunta de Jesús es su testamento, una pregunta de oración: “Dios mío, ¿cuál es el propósito de todo esto?”. En el momento de la muerte, el mismo Jesús se convierte en pregunta. Y ante nuestro desconocimiento, lo que cabe es la respuesta de Pedro: “Señor, tú sabes que te amo”.

El autor conoce bien los momentos en que las personas intentan abandonar a Dios. Piensa en Abrahán cuando cree que Dios detendrá su mano. Debemos temer con Kierkegaard la llamada “enfermedad mortal”, la pérdida de esperanza de estar con alguien que tiene palabras de vida eterna. A Dios no le preocupa la fe en el sentido de opinión sino por la que está asociada al amor; no se trata de una idea ética, noble, sino del encuentro amoroso con una persona. La per-

cepción objetiva de Dios lleva a la idolatría; con fe, todo lo que puedo hacer es ver el mundo de Dios. Dios-persona se consideró esencial al cristianismo y a veces esto ha constituido un escollo para el diálogo entre las religiones. Dios no es un ello amorfo y material, Dios es más que una persona; es más radicalmente persona que lo que el ser humano lo es. Incluso el término padre, sacado de contexto de nociones patriarcales antiguas tiende a complicar más que a facilitar el viaje al *misterio absoluto*.

Amamos a los seres humanos y al mundo en Dios, de la misma manera que vemos a los seres humanos y al mundo en la luz. Dios es *el hecho de que amamos y cómo amamos*, más que el objeto de nuestro amor; es la biosfera de todo amor real. Como creyentes contamos con Dios, aunque no lo veamos, estamos abiertos al misterio del amor absoluto; para quien ama a Dios, su amor al mundo y a la gente está libre de la ansiedad y la tensión que derivan de aferrarse al mundo. Esto nos lleva a despejarnos de nuestro egoísmo. G. Marcel hablaba del *amor posesivo* y del *amor oblativo*.

Fe no significa creer en la existencia de Dios sino creer en el amor de Dios; y en este sentido, el amor tiene prioridad sobre la fe. Agustín —al

que considera más Teófilo que teólogo— dice que no es posible amar lo que no conozco y no puedo llegar a conocer lo que no amo. A veces, la proyección de la persona y la carencia de amor pueden dar origen a imágenes de un Dios duro y vengativo; cuando se ama, aunque no se sea consciente de ello, se ama a Dios. O tiene razón la modernidad (Feuerbach) cuando afirma que Dios es un sinónimo religioso de amor; ¿es Dios amor? o ¿el Amor es Dios? En el espacio del amor encontramos el significado de la palabra Dios. Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor; Juan.

El teólogo debe trabajar la unión de la ocultación, la alteridad y la lejanía de Dios con su increíble cercanía; es evidente que Dios guarda silencio como forma importante de comunicación. La ocultación y la lejanía hay que tomarlas muy en serio y reflexionar sobre ellas. Si algo caracteriza nuestros días es la experiencia de la ocultación de Dios, el hecho de que Dios no es una realidad evidente. La situación actual es una bendición para la fe, un momento de Kairós que hace de la fe un acto libre; la lejanía de Dios es motivo de esperanza lo mismo que lo fue para Jesús el ser conducido al desierto y de descubrir que Dios habita en lo más profundo del ser. Para ello

hay que lograr la libertad interior y la independencia con respecto al mundo como colección de *algos* logrados o deseados. Se trata de querer *nada*, tener *nada*, ser *nada* y saber que esa *nada* es Dios. Es lo contrario de la dependencia del hombre exterior, de viejos y nuevos *algos*.

En su recuerdo de interiorización, el autor recuerda su experiencia del zen al que ve cercano a la Biblia, ya que en ella —ejemplo las parábolas— no aparece ninguna explicación metafísica, sino que hay una relación estrecha con los *koans* orientales, cuyo sentido se logra únicamente por la meditación. Siguiendo al maestro Eckhart, Dios y yo somos uno en el conocimiento. En el sentido místico, el yo profundo es el núcleo donde Dios habita, el lugar de la inmanencia de Dios.

La metáfora de los tres barcos: el de la cristiandad, que recoge la antigüedad griega y latina y va bien cargado de dogmas y doctrinas, pero le adelanta el barco de la modernidad con todos sus neologismos, materialismo, ateísmo, etc.; y todavía un tercer barco, el de la posmodernidad con su escepticismo radical, relativismos y consignas de multiculturalismo. Para el autor, los tres barcos han zozobrado y ahora solo nos quedan

pequeños botes salvavidas para recoger lo que se pueda salvar del hundimiento de los otros tres: del barco de la posmodernidad salvaremos la pluralidad, del de la modernidad la razón crítica y el respeto por la persona y del de la cultura cristiana, con todos sus tesoros, el autor salvaría solamente la Biblia.

“Quiero que seas”, afirma que la ocultación de Dios es hoy una palabra importante. La religión ya no es la “infancia de la humanidad” (Compte); se ha dado el gran fenómeno de la secularización y del ateísmo científico; pero tanto el marxismo como el comunismo no han sido capaces de cubrir el vacío de lo religioso; eso sí, lo que aparentemente está intacto ha ido cambiando al ritmo de la historia y de la cultura. Chertenton afirmó que la tradición era “la democracia de los muertos”, pero no podemos despreciar el peso de la tradición, sería un acto de barbarie. En medio de la modernidad y de los *post*, Dios puede encontrar un lugar en el centro mismo de la realidad, en su profundidad. Dios *no fuera*, sino *dentro*. Ese dentro es el *self*, el yo mismo, al que llegamos por el constante trascender todo lo que nos tienta con la falsa sensación de *poseer la verdad*. Recordemos con Nietzsche que “las grandes verdades caminan con pies de paloma”.

No podemos reducir a Dios al simple deseo –como satisfacción de un deseo-. No es un desear ni ansia, sino un anhelo fundamental del corazón. Amar a Dios es como amar a la persona amada en el sentido de lo que significa: *quiero que seas*. Ese ser no quiere decir que hagan o dejen de hacer nada, sino simplemente que sean. Agustín: “Te amo: quiero que seas”. La fe no es tener ya todo definido, sino la necesidad del anhelo; sin el anhelo, la fe es mortalmente gélida. La prueba de la fe auténtica es darse cuenta de la profundidad de ese *quiero que Dios sea*. Anhelo que es un don; Dios está en ese anhelo, él es quien realiza en nosotros el querer y el actuar (Pablo).

Al pensar en la cercanía de Dios, nos referimos al espíritu de doble mandamiento: amar a Dios y al prójimo, y eso ¿no reduce el cristianismo a un simple humanismo? Para Feuerbach, la expresión Dios es amor, significaba “el amor es divino”. “Borremos el nombre Dios, pero mantengamos sus atributos: amor, misericordia, perdón, bondad... son divinos”. Lo importante es que, en la relación humana, las partes de la relación humana descubran lo divino *en la profundidad de esa relación*. Dios no es una tercera persona en la relación, Él es la base y la fuente de la relación; pue-

de filtrarse a nosotros a través de la humanidad, del humanismo, y finalmente brillar una vez más. ¿Cómo nos encontramos con Dios? Levinas contesta: “Cuando miro el rostro del otro aparece en mí la idea de Dios. Dios es lo que me desafía cuando me encuentro con el otro cara a cara. Es la llamada, la vocación a la responsabilidad por el otro”.

La puerta abierta para la comprensión de Dios es Jesús y la manera de comprenderlo está en los textos del evangelio y en el amor. “Tú sabes que te amo”, y entonces podremos decir: Jesucristo es el señor. Yo soy la puerta, dice Jesús, pero esto no nos permite limitar en el yo de Cristo para cerrar la puerta y seleccionar a quienes se no se permite la entrada. Ser discípulo de Jesús significa aceptar las actitudes interiores de Jesús. Somos letreros de la fuente de ternura y bondad. Uno se hace cristiano en un proceso. El autor llega a la respuesta: descubrir a Cristo en el núcleo, en el *das selbst, el self, el yo profundo del ser humano*. Pablo: “Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí”; descubre a Cristo como un *self*.

Amar a los enemigos supera el humanismo; mandato duro y exigente. No se trata de emociones ni sentimientos, es como un *koan*, una paradoja

que habla de perdón, comprensión, del olvido, no vengarse... Los enemigos de la fe adulta son el narcisismo, la intolerancia, el miedo, el sobrecojimiento. Hoy el miedo se reemplaza por la total libertad debido a la Biología, la Física, la Cosmología, la Psicología profunda, etc. Cambios que en realidad no tendrían por qué afectar a la fe si estuviera anclada en el núcleo de la existencia humana, y no alimentada solamente de ideas religiosas.

El autor vuelve al amor más fuerte que la muerte; es absolutamente incondicional, no nos ama porque seamos buenos, nos ama porque es bueno. El amor entre el hombre y la mujer, esa convergencia cósmica (Teilhard) es donde los místicos han encontrado el símbolo más elocuente entre dios y el hombre. La vida y la muerte son un don; el agradecimiento no es a la vida, a la naturaleza, no hay por qué deificar algo que no es Dios; ni por qué absolutizar los fenómenos de la vida, cuando tenemos una palabra que denota lo absoluto, el absoluto, que permite que algo no absoluto sea relativizado. Dios, según Anselmo, es algo de lo que nada mayor se puede concebir. Y con Dios llegan conceptos de eternidad: con nuestros seres queridos fallecidos, un poco de nuestra memoria compartida se aleja a lo inefable. Amar a alguien

es decirle: no morirás (G. Marcel)

El autor cierra la obra definiendo el amor: es simplemente “demasiado humano”, demasiado profundamente humano para ser únicamente humano. En la relación amorosa, las personas no miran a ello, sino a un tú; y según M. Buber, todo tú apunta a un Tú absoluto. Somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos (Juan). “Sólo creería en un Dios que sueña bailar” (Nietzsche), el autor afirma que Dios es danza, la vinculación de las personas en la Trinidad, como asociadas en una danza a la que Dios nos invita en el amor: cielo y tierra; gracia y comportamiento natural; lo divino y lo humano; la Trinidad; y las tres virtudes, todo se mezcla para que dancemos en la eternidad. No es la paz de los cementerios, sino el movimiento eterno y la danza del amor.

José M^a Martínez

Jorge Juan FERNÁNDEZ SANGRADOR, *El hecho religioso diario. Trazos del periodismo cultural*, PPC, Madrid, 2018, 327 pp.

Hay personas que desarrollan cada mañana su propio ritual, es el momento de arrellanarse en su poltrona

y tomar el periódico para adentrarse en sus contenidos. Pero aquí es el autor quien nos proporciona el contenido a base de artículos publicados en *Nueva España* y en varios periódicos de nuestra geografía. Son artículos que recogen el discurrir de los días, agitados o pacíficos, productivos o estériles. No pertenecen a la literatura canónica, pero van captando momentos en la historia de los hombres e intentando dar en cada momento con la huella de Dios y de la religiosidad. Es una “colectánea” de artículos en los que se clarifica lo que es una sociedad laica, el humanismo, la religiosidad, la búsqueda de la excelencia moral y las diversas formas de buscar el sentido. Con este fin, y a lo largo de los artículos, el autor rastrea páginas de arte, cultura, ciencia, tecnología, economía, espectáculos, deportes, etc. Siempre con la atención puesta más allá del ropaje del formato, del titular, de la fotografía, la viñeta, y sacar a la luz lo que realmente ocultan las escenas de la vida.

Al ser artículos periodísticos, podemos imaginar la gran variedad que hay a lo largo de las páginas. Son 74 artículos de lo más variado; eso sí, con una gran riqueza de citas, de pensamiento de autores, y sobre todo de momentos en los que el autor trata de penetrar los significados que se es-

conden tras las palabras y los hechos.

Saltando por los artículos, nos encontramos con el tema de la laicidad, de la sana laicidad, de la que se afirma que debe estar abierta a todas las formas de trascendencia, según las diferentes tradiciones religiosas y filosóficas. Lo mismo ocurre al hablar del amor, comentando la obra *Matar un ruiseñor*, de Harper Lee: el amor, si bien es uno, se manifiesta de muchas maneras que con la expresión de un poder interior divino; para tenerlo hay que darlo, ya que cura, restaura, transforma; sin él, la vida es inútil y peligrosa.

El tema religioso es central en esta obra. Lamenta que Europa no sea capaz de defender en el mundo ni siquiera el derecho a la libertad religiosa (estos días nos hieren los atentados de Colombo, Sri Lanka). Es una Europa que no quiere cuentas con la religión, que tan solo la tolera. Si Europa quiere tener futuro, deberá estar iluminado por las luces de la razón y de la religión.

La religiosidad fluye en los momentos más inesperados, como afirma Miguel Zugaza (Director del Museo del Prado de 2002 a 2017) al observar a los visitantes del Museo; cuando se encuentran con el Cristo de

Velázquez: “La gente sigue encontrando en ciertas imágenes respuestas espirituales y religiosas y, ante esa imagen, rezan”. Abriendo el panorama de las ideas, cita al cardenal Martini, quien creó la cátedra de los no creyentes, el foro de creyentes y no creyentes para el diálogo respetuoso y el contraste de ideas y convicciones, pues sostenía que dentro de cada uno habita un no creyente y un creyente que hablan entre sí, se interrogan mutuamente sobre cuestiones incisivas, desasogantes.

En Chillida, religión y ética están indisolublemente unidas, “Creo en Dios, tengo fe, Dios me la dio. La razón quiso quitármela en muchas ocasiones, pero no lo consiguió, más bien me ayudó a continuarla ya que, gracias a ella, supe que la razón tiene límites y que, por lo tanto, hay espacios a los que la razón no llega. Estos espacios sólo son accesibles a la intuición y la fe, esa hermosa e inexplicable locura”.

Junto a palabras y testimonios, se presentan también entregas de por vida. El príncipe chino Mikhasa, visitando lugares pobres en china, descubrió que había misioneros y misioneras procedentes de países muy lejanos sirviendo en aldeas recónditas y pobres, mientras que los japoneses sólo

buscaban en aquellas tierras su propio beneficio y sus propios intereses.

Lugares, capillas como la de Notre-Dame-du-Haut, que tras su destrucción fue reconstruida por Le Corbusier quien, tras rechazar la propuesta de que fuera una obra ‘de autor’, otra comisión le fue a decir que querían una iglesia para el culto católico, no una iglesia de Le Corbusier. En ese momento aceptó su reconstrucción. Desde 2011 una comunidad de Clarisas vive en las entrañas de la colina, es presencia evangélica, orante, acogedora, espiritual, confesante, del singular emplazamiento en el que la naturaleza, la materia y la luz proclaman, con María, la obra maravillosa de la Redención en Cristo.

Hasta los lugares sencillos por los que han pasado las personas merecen la atención del autor: tal es el caso de un sacerdote joven que estuvo un año en Casa del Roxo y dejó una huella imperecedera. Siempre existen espacios reducidos, solitarios en los que ha quedado un hálito de la persona. Apóstoles, místicos, literatos, filósofos, pintores, escultores, músicos... han dejado su impronta indeleble en recintos diminutos: la casita de Oscar Romero, la celda de Pedro de Alcántara, el calabozo de M. Kolbe... Como afirma el filósofo y matemático

co Whitehead: “Religión es lo que el individuo hace con su soledad”.

No podía faltar la alusión al padecimiento de algunos judíos en los campos de concentración: Etty Hillesum, en su obra *El corazón pensante de los barracones*. Las cargas de desesperación, de niños desorientados, adultos que pierden la esperanza. Se hace alusión a la explosión de la bomba atómica y a las imágenes que después de muchos años golpean la conciencia de muchas personas. Permanece el recuerdo, hecho realidad por el Papa Francisco de los *hibakusha*, personas damnificadas por los bombardeos nucleares.

No podemos agrupar los temas, ni elaborar esquemas para la lectura de este libro. Hay que leerlo de modo periodístico, pues ese es su origen. Una lectura de vez en cuando y quedarse con la rumia de una idea, de un autor (se citan 1130, lo que equivale a una media de 3.8 por página), de un lugar o acontecimiento. En este caso, la variedad es riqueza.

José M^a Martínez

BIBLIA

Xabier PIKAZA- Vicente HAYA, *Palabras originarias para entender a Jesús. Comentarios evangélicos desde el griego, el hebreo y el arameo a las principales festividades del año*, San Pablo, Madrid, 2018, 391 pp.

Los autores seleccionan 40 palabras de Jesús, comentadas a partir de los textos griego, hebreo y arameo, lengua materna de Jesús. No hay ninguna intención de adoctrinar, sino de dar a conocer mejor a Jesús, fuente universal de cultura mesiánica. Por eso el lector de esta nota podrá observar que en cada párrafo hay explicaciones y también alusiones lingüísticas.

El nacimiento de Jesús fue de esta manera... Dios mismo, no un ángel, se dirige a José, quien decide salir por sí mismo, para salvar la honra de María, la virgen desposada. Le dice que María ha concebido del Espíritu y que debe renunciar a su paternidad patriarcal dominadora. Deberá recibir y educar al hijo que nacerá de Él; le pondrá por nombre Jesús (*Yeoshua* en griego, Dios-Yahbé salva; y *por extensión*, abre, libera, da la victoria, da prosperidad, da vida) En arameo,

el que vivifica, Llos de Emaús esperaban que fuera el *Pârûqâ*, el Liberador, libera de todo lo que esclaviza, es Dios de vivos. Librará de *hamartia*, del error o transgresión.

Salió un decreto del emperador Augusto... El ángel anuncia a los pastores y les dice que vayan a adorarlo. *Gloria a Dios en las alturas...* Luz, no gloria manifiesta en el terror sagrado, sino en el nacimiento de un niño, lo más frágil. Y sobre la tierra paz, *eirene*, o sea, concordia, tranquilidad, equilibrio. Es la fiesta de Dios en el nacimiento de su Hijo. El lingüista matiza la palabra paz: lo que está acabado, completo, pide salud, entrega a Dios, que no nos falte nada, que estemos completos, terminados de hacer, maduros; y además esperanza (*sabrâ*) abundante, dulce, benéfica, que da aroma a las relaciones humanas. Y esto para los hijos de los hombres, para todos, porque toda existencia supone un grado infinito de amor de Dios.

María guardaba estas cosas en el corazón. Las guardaba no como un simple depósito; las conserva y recrea, *syneterei*, las medita, las sopesa. Es la primera teóloga ya que no piensa en abstracto, sino que recrea lo dicho en el corazón desde la experiencia de Jesús. En su corazón: o capacidad de pensar y amar, de conocer el sentido origina-

rio; lo conserva para un día hacerlo vivir en otros. Corazón en sentido amplio como lugar donde se enraizan todas las actividades del espíritu, *y con el corazón entiendan...* Corazón en arameo *lebbâ*: el significado oculto, la esencia de una cosa.

La Palabra hecha carne, la historia humana. En Juan, hay una audaz meditación; desde su himno la comunidad cristiana judía entiende todo. *La Palabra se hizo carne.* Palabra que viene de Dios y vuelve hacia Dios como si fuera una persona, distinguiendo la relación de Dios en sí mismo (Padre) y la Palabra/Dios que es el Hijo encarnado. Jn 1, 14, el hombre como palabra de Dios. Isaías, y Jeremías, dicen que Dios les ha llamado para ser portadores de su palabra. La vida del profeta es imagen y presencia de Dios; al llegar a Jesús, la novedad mesiánica es la plenitud de la tradición de Israel y revelación definitiva de Dios.

Toma al niño y a su madre... José recibe el mensaje en sueños, en la dimensión más honda de nuestra conciencia. Como nuevo Abrahán, José debe tomar a su familia y salir de su tierra. Abunda las alusiones a los sueños: Jacob, Daniel, Samuel... Y Jesús *iba creciendo...* en sabiduría y edad; es un rabino de pueblo que

sabe tanto como los del templo; iba elaborando doctrina, respuestas, crecía en habilidad práctica, aprendizaje de la vida entera, de las relaciones, de la justicia, el respeto y el amor. Recorrió un sólido camino de madurez humana que manifestó alrededor de sus 36 años. Crecer es hacerse como Dios nos quiere. Sabiduría, edad, gracia, estatura, son significados entre el texto arameo y el griego. En la cosmovisión semita, *crecer en gracia* significa que Dios te ama mucho.

Nació tras el bautismo. Saliendo del agua vio los cielos rasgados y el Espíritu... O sea, se abren sus ojos y contempla lo que hay al otro lado de los cielos; descende el ave mensajera de Dios: es el signo de Espíritu/ave de la creación sobre Jesús y lo convierte en Mesías; es el “alumbramiento mesiánico” de Jesús. El Espíritu (*rûbâ*) es el aire, el viento, el aroma, el espacio, lo espiritual, el regalo de Dios que descende, cae, se precipita, penetra a Jesús.

Es apasionante seguir las 40 palabras, pero sería demasiado larga esta nota. Destacamos las siguientes.

El abandono de Dios. Jesús muere dando un gran grito que es invocación y pregunta; ¿Por qué me has

abandonado? Es una tradición de la Iglesia y una construcción simbólica para vincular la muerte de Jesús con el fin del mundo. Hay quienes ven un grito real, como algo sorprendente, pese a los problemas respiratorios que sufrían los crucificados. Otra interpretación es la llamada a Elías, a quien llama como signo de fracaso, como profeta de la justicia salvadora que no acude a liberarle. Jesús llama a Dios porque confía en Él; ha preparado muy bien la llegada del Reino, por eso pregunta “¿por qué me has abandonado?”. Dios no responde, pero lo hace en la Pascua de resurrección.

El Espíritu del Señor está sobre mí... Palabras de Isaías que evocan la presencia del Espíritu del Señor. Es la presentación de Jesús como un carismático, nadie le ha dado esa autoridad y se atreve a afirmar que la ha recibido del mismo Dios: Él me ha ungido (*Jristós*); ungido “para evangelizar a los pobres y anunciar la buena nueva”. Ya no busca un texto que lo justifique, sino un servicio a los más necesitados (*ptokhoi*). El maestro lava los pies y sirve. Estamos en la esencia de una religión de servicio.

Llegaron al sepulcro, a despedir a un amigo del alma... pero su cuerpo no se encuentra allí. Ha resucitado, se ha levantado,

alzado. No es uno más, es la misma resurrección en persona. Nos da dos rasgos: a) la resurrección es un camino, b) su resurrección debe interpretarse como una inmersión en Dios, que se presenta como la resurrección y la vida. (Qué suerte la del autor que dice que este pasaje es una delicia leerlo en arameo)

Recibid el Espíritu Santo... Es la primera aparición colectiva a los discípulos, no sólo a los 12, sino a la comunión de todos los creyentes. Les confía la tarea misionera de perdón, el soplo suave es la teofanía entrañable del AT, la Pascua que es principio de paz, presencia gloriosa del Señor, y la misma Pascua se vuelve Pentecostés. Jesús alienta, sopla, comunica su intimidad, es un aliento cósmico como en Génesis: *En el principio...* El aliento actúa como principio de recreación: *Labete*, tomadlo. El lingüista hace un análisis magnífico del “Espíritu”, la *rûbâ* (araméo) *rûab* (hebreo), *rûb* (árabe): pertenece a Dios pero dignifica al ser humano mientras se mueve dentro de sus dimensiones. *Jesús exhaló su rûbâ* muriendo. Ese Espíritu es una forma de iniciación que nos convierte en portadores de la Palabra divina, en sanadores de nuestro mundo.

Si alguien tiene cien ovejas y pierde una... La oveja en Lucas, parece inocente, en Mateo, es culpable, se pierde o se pervierte; pero en ambos casos se destaca la misericordia de Dios. La conversión es un gesto de Dios que busca, por Jesús, a los hombres. Se lamenta el lingüista la pérdida de algunos textos arameos, por ejemplo que la palabra y pasaje de la *higuera* y *arrepentimiento* son muy parecidas (*tittâ* y *têttâ*).

Derribó a los potentados de sus tronos... María tiene un sentido revolucionario. Y el libro se cierra con la pregunta de Pilatos: ¿Eres tú el rey de los judíos? ¿Con que tú eres rey? Respuesta: *Tú dices que yo soy rey; para eso nací... para ser testigo de la verdad...* La imagen del reino como servicio mutuo, ofreciendo la verdad y el sentido de la vida. Un reino entendido como el resultado de un proceso puesto en marcha por los profetas, ratificado por Jesús como testigo de la verdad de Dios. Jn 18, 37, traza el perfil fundamental: “*Dar testimonio de la verdad*”.

Cada salto me ha dolido, pero esta obra consigue darte una gran amplitud y riqueza de matices que ayudan en el conocimiento de Jesús, que es el objetivo que figura ya en el título.

José M^a Martínez

IGLESIA

Papa Francisco, ***Exhortación Apostólica postsinodal Christus vivit. Vive Cristo. A los jóvenes y a todo el Pueblo de Dios***, Ed. San Pablo, Madrid 2019, 190 pp.

El 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación y Encarnación del Hijo de Dios, el Papa Francisco viajó hasta el santuario italiano de Loreto para firmar la exhortación apostólica postsinodal en forma de carta a los jóvenes y a todo el pueblo de Dios. Es el documento resultante del reciente Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional que tuvo lugar en octubre de 2018.

La exhortación lleva como título *Christus vivit* (Vive Cristo) (VC) y se trata del sexto gran documento de su pontificado. El texto ha sido publicado el día 2 de abril. Consta de 299 puntos y se divide en nueve capítulos, con la escucha mutua y recíproca de jóvenes e Iglesia, la importancia de los valores y del acompañamiento y la necesidad del discernimiento y la toma de decisiones como ejes. El texto viene documentado con 164 notas a pie de página.

Jesús era joven en el momento culminante de su vida

¡Él vive y te quiere vivo ¡escribe Jorge María Bergoglio en el primer párrafo de su texto. ***Christus vivit*** (Vive Cristo) se presenta como una encendida convocatoria a crecer en santidad y un aliento decidido a comprometerse con la propia vocación. Parte de una premisa: “Jesús era joven en el momento culminante de su vida. Y a Él, entre otras cosas, no le caía bien que las personas adultas miraran despectivamente a los más jóvenes o los tuvieran a su servicio de manera despótica. Al contrario, Él pedía: “que el mayor entre vosotros sea el más joven” (Lc 22, 26). Para Él la edad no establecía privilegios, y que alguien tuviera menos años no significaba que valiera menos o que tuviera menor dignidad (cfr. VC 14).

“*Ser joven, más que una edad es un estado del corazón*” (VC 34), afirma el Papa. De ahí que una institución tan antigua como la Iglesia pueda renovarse y volver a ser joven en diversas etapas de su larguísima historia. En realidad, en sus momentos más trágicos siente la llamada a volver a lo esencial del primer amor. Recordando esta verdad, el Concilio Vaticano II expresaba que “rica en un largo pasado, siempre vivo en

ella y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo”. En ella es posible encontrar a Cristo el compañero y amigo de los jóvenes.

El papa Francisco implora a la Iglesia a liberarse de quienes quieren avejentarla, esclerotizarla en el pasado, detenerla, volverla inmóvil. También pide que la libere de otra tentación: creer que es joven porque cede a todo lo que el mundo le ofrece, creer que se renueva porque esconde su mensaje y se mimetiza con los demás. La Iglesia es joven cuando es ella misma, cuando recibe la fuerza siempre nueva de la Palabra de Dios, de la Eucaristía, de la presencia de Cristo y de la fuerza de su Espíritu cada día. Es joven cuando es capaz de volver una y otra vez a su fuente (cfr. VC 35).

No una Iglesia a la defensiva

El Papa sabe y escribe que, para muchos jóvenes, Dios, la religión y el catolicismo son palabras vacías. Por eso pide que la Iglesia deje de estar pendiente de sí misma y refleje al mundo el mensaje de Jesucristo. Esto implica que reconozca con humildad que algunas cosas concretas deben

cambiar, y para ello necesita también recoger la visión y aún las críticas de los jóvenes. Que deje de pasar el tiempo condenando al mundo y escuche más, que abandone una actitud de guerra por dos o tres temas que la obsesionan.

Una Iglesia a la defensiva, que pierde la humildad, que deja de escuchar, que no permite que la cuestionen, pierde la juventud y se convierte en un museo. ¿Cómo podrá acoger de esa manera los sueños de los jóvenes? (VC 41). Aunque tenga la verdad del Evangelio, eso no significa que la haya comprendido plenamente; más bien tiene que crecer siempre en la comprensión de ese tesoro inagotable (Constitución *Dei Verbum* 8).

En el Sínodo también se reconoció que un número consistente de jóvenes, por razones muy diversas, no piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos incluso, piden expresamente que se les deje en paz, ya que sienten su presencia como molesta y hasta irritante. Esta petición con frecuencia no nace de un desprecio acrítico e impulsivo sino que hunde sus raíces en razones serias comprensibles: los escándalos sexuales y económicos; la falta de preparación de los ministros

ordenados que no saben captar adecuadamente la sensibilidad de los jóvenes; el poco cuidado de la preparación de la homilía y en la explicación de la Palabra de Dios; el papel pasivo asignado a los jóvenes dentro de la comunidad cristiana; la dificultad de la Iglesia para dar razón de sus posiciones doctrinales y éticas a la sociedad contemporánea (cfr. VC 40).

Jóvenes comprometidos

El papa Francisco pide a los jóvenes que no renuncien a lo mejor de su juventud. Que no observen la vida desde un balcón. No se puede confundir la felicidad con un diván ni vivan toda la vida detrás de una pantalla. Que no sean autos estacionados, no se conviertan en el triste espectáculo de un vehículo abandonado. Es mejor arriesgarse, aunque nos equivoquemos. Pide a los jóvenes que no sobrevivan con el alma anestesiada ni miren el mundo como si fueran turistas. “¡Hagan lío! No se conviertan en jóvenes momificados. Por favor, no se jubilen antes de tiempo” (VC 143).

Jorge Bergoglio propone a los jóvenes ir más allá de los grupos de amigos y construir la “amistad social, que busquen el bien común.

La enemistad social destruye. Y una familia se destruye por la enemistad. Un país se destruye por la enemistad. La enemistad más grande es la guerra. El mundo se está destruyendo por la guerra. “Sean capaces de crear amistad social” (VC169).

Jóvenes santos

El papa Francisco recuerda en la nueva exhortación, que el corazón de la Iglesia también está lleno de jóvenes santos, que entregaron su vida por Cristo, muchos de ellos hasta el martirio. Ellos fueron preciosos reflejos de Cristo joven que brillan para estimularnos y para sacarnos de la modorra. El Sínodo destacó que muchos jóvenes santos han hecho brillar los rasgos de la edad juvenil en toda su belleza y en su época fueron verdaderos profetas de cambio; su ejemplo muestra de qué son capaces los jóvenes cuando se abren al encuentro con Cristo.

El Papa hace alusión a algunos de estos jóvenes santos. En primera lugar cita al mártir san Sebastián (siglo III) que era un joven capitán de la guardia pretoriana. Este santo hablaba de Cristo por todas partes, hasta que le ordenaron renunciar a su fe. Como no aceptó, lanzaron sobre él flechas, pero sobrevivió y siguió anunciando

a Cristo sin miedo. Finalmente lo azotaron hasta matarlo. Después recuerda a san Francisco de Asís, que siendo muy joven escuchó la llamada de Jesús a ser pobre como Él y a restaurar la Iglesia con su testimonio. También recuerda a santa Juana de Arco, santo Domingo Savio, la santa Catalina Tekakwitha, santa Teresa del Niño Jesús, y a los beatos Andrés Phu Yen, Isidoro Bakanja, Pier Giorgio Frassati, Marcel Callo y a la joven beata Chiara Badano, que murió en 1990, quién experimentó cómo el dolor puede ser transfigurado por el amor (cfr. VC 51-62).

María la “influencer de Dios”

El Papa Francisco propone a los jóvenes que se fijen en María la Virgen que fue una mujer que arriesgó, y fue *portadora de una promesa*. De María joven llama la atención la fuerza del “sí”. Fue algo distinto a un “sí” como diciendo: bueno, vamos a probar a ver qué pasa. María no conoció esa expresión a ver qué pasa. Por eso el Papa pide a los jóvenes si se sienten *portadores de una promesa*. ¡María no compró un seguro de vida! “¡María se la jugó y por eso es fuerte, por eso es una influencer, **es la influencer de Dios!**.” “El “sí” y las ganas de servir fueron más fuertes que las dudas y las dificultades” (VC 44).

Ojalá que esta nueva exhortación haga que nuestras parroquias y diócesis se pongan a la escucha de los jóvenes, de sus preguntas e inquietudes. Eso exige mucha cercanía, mucho estar con ellos, dedicar mucho tiempo, preferentemente en sus espacios. Pero, sobre todo, una pastoral que cuida **la cabeza, el corazón y las manos**. Es urgente que la educación y quienes se dedican a ella logren poner en juego y armonizar estos tres lenguajes: **“Aprende lo que sientes y haces”, “siente lo que piensas y haces”, “haz lo que piensas y sientes”**.

Hoy no se puede trabajar con los jóvenes sin ayudarles a sentir y sin ayudarles a hacer.

Juan Pablo García Maestro

Nos encontramos en esta obra con la Exhortación apostólica que el Papa Francisco ha escrito tras el sínodo sobre la juventud, celebrado en Roma en 2018. Si en las exhortaciones del Papa Francisco siempre ha sido celebrado su estilo directo, sencillo, apto para todos, en esta obra, dirigida fundamentalmente a los jóvenes, el estilo se vuelve aún más diáfano y directo. Por desgracia, no creo que vaya a haber muchos jóvenes que se sientan motivados a leerla, pero

realmente podrían hacerlo, porque se dirige muy directamente a ellos y es sumamente accesible. Hay partes de la obra que se dirigen a la Iglesia en general y a los agentes de pastoral de forma específica; pero hay partes, muy amplias, en las que se dirige directamente a los propios jóvenes, con cariño, con ternura y con firmeza.

La Exhortación pretende recoger muchas de las ideas del documento que surgió del Sínodo, pero reconociendo que es imposible que puedan aparecer todas las ideas. Con todo, una lectura atenta de la obra permite reconocer que sí están recogidas las aportaciones más importantes de aquel documento, y con un lenguaje muchísimo más ameno e interpelante: el reconocimiento de la diversidad tan grande, a nivel mundial, que existe en el mundo juvenil, a pesar del fenómeno, un tanto artificial e impuesto, de la globalización; el papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad; la humildad como camino que la Iglesia debe recorrer para ser capaz de tocar hoy los corazones; la capacidad de escucha en la que tienen que crecer las personas que trabajan y se relacionan pastoralmente con los jóvenes; la necesidad de apertura y de cercanía al mundo juvenil y de rejuvenecimiento de las estructuras eclesiales; el mundo de la sexualidad y del cultivo

del cuerpo, como un campo en el que es necesario seguir acercándose a la sensibilidad de los jóvenes, pero reconociendo también que el joven tiene que crecer en independencia y libertad respecto a los modas y las imposiciones culturales; la capacidad de comunicación del joven, tan mediatizada actualmente por las redes sociales... Todo esto aparece en esta Exhortación, en la que se muestra al joven, por encima de todo, la confianza y la estima suficientes como para decirle que no se deje manipular, que sea él mismo, que crea mucho más en sus capacidades y no se deje influenciar por quienes quieren acaparar su imagen con fines comerciales o con velados intereses.

Hay también una serie de artículos en los que el Papa aprovecha para pedir perdón por todos los pasos mal dados a lo largo de la historia de la Iglesia, cuando fue excesivamente rígida, distante, elitista... Y muy concretamente por el tema de los abusos a menores, antitestimonio profundamente doloroso, para las víctimas y para la propia Iglesia. El Papa confiesa la fragilidad de la Iglesia e incluso le pide al joven que se muestre atento para actuar y avisar, de un modo cercano, cuando vea que agentes de pastoral, sacerdotes, religiosos... equivocan el camino o se equivocan

en su modo de estar y de actuar.

Aparecen muchísimas citas de diversos documentos eclesiales, del propio Francisco o de otros papas; pero también son muy abundantes las citas de distintos discursos dirigidos por el Papa en varios encuentros vividos con jóvenes y de distintas homilías. Y, algo bastante sorprendente, hay también citas de poemas y hasta de expresiones populares del refranero, como por ejemplo: “Si el joven supiese y el viejo pudiese, no habría cosa que no se hiciese”. Hay notas muy personales, que hacen referencia a la propia experiencia del Papa Francisco, por ejemplo esta: “Cuando comencé mi ministerio como Papa, el Señor me amplió los horizontes y me regaló una renovada juventud”.

El lenguaje cercano y actual, ayuda a la lectura y la comprensión del texto, y hay muchos ejemplos en este sentido: afirmar, por ejemplo, que María es la *influencer* de Dios; decir que quien no sabe llorar no es madre, para insistir en la necesidad de aprender a llorar, a ser sensible, a ser capaz de ver la realidad y ponerse del lado del necesitado; expresar que la memoria de Dios no es un disco duro que guarda todo, sino un corazón tierno de compasión; repetir el famoso “hagan lío” de las Jornadas Mundiales de

la Juventud de Río, profundizando aún más con este subrayado: “Arriesguen, aunque se equivoquen. No sobrevivan con el alma anestesiada ni miren al mundo como si fueran turistas”; insistir en esta idea: “¡Ustedes no tienen precio! ¡No son piezas de subasta! No se dejen comprar”; invitar a abrir el horizonte, a ir siempre más allá: a la alegría, la fraternidad, la justicia, la relación con Jesús, sin conformarse nunca con poca cosa; estar dispuestos a vivir de un modo que merezca la pena, entendiendo la vida como vocación, siendo misioneros de la verdad y de lo que merece la pena... O dirigiendo consejos tan sensatos a los jóvenes como este: “Ruego a los jóvenes que no esperen vivir sin trabajar, dependiendo de la ayuda de otros”; o consejos arriesgados también a los agentes de pastoral, invitándoles a salir de los campos trillados que no ofrecen posibilidades de auténtica cercanía y novedad.

Uno de los capítulos más intensos, y curiosamente de los más breves, es el cap. IV, en el que el Papa profundiza en el gran anuncio que quiere comunicar a todos los jóvenes: el anuncio del amor personal de Dios a cada joven, sea cual sea su realidad. El lenguaje de este capítulo es especialmente intenso, cercano y personal.

Las últimas palabras de la Exhortación son un fiel reflejo de todo lo que ha sido este trabajo: “La Iglesia necesita su entusiasmo, sus intuiciones, su fe. ¡Nos hacen falta! Y cuando lleguen donde nosotros todavía no hemos llegado, tengan paciencia para esperarnos”. Ante esto, sobran más comentarios.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

José TOLENTINO MENDONÇA, *Pequeña teología de la lentitud*, Editorial Fragmenta, Barcelona 2018, 74 pp.

En poco tiempo, este autor portugués se está convirtiendo en una referencia obligada de la vida espiritual. Quizá el secreto reside no sólo en *lo* que dice sino en *cómo* lo dice. Concretamente, en esta sencilla obra, más un cuaderno que un libro, el lector se encuentra con un brevísimo tratado en el que la filosofía, la experiencia de vida y la propuesta cristiana caminan de la mano y se comunican con una sencilla y profunda dosis de poesía que invita a leer, tal y como anuncia el título, con lentitud, saboreando el placer de una lectura llena de contenido.

Últimamente se está publicando bastante sobre la capacidad de vivir con menos prisas, con menos cosas, de disfrutar del momento, de tener el valor de renunciar a la cantidad en favor de la calidad, de la capacidad de escuchar, de contemplar... No cabe duda de que en nuestro mundo, tan agitado y hasta enfermo de prisas y de actividades, necesitamos del silencio, la calma, la reflexión, el paseo tranquilo y la lentitud. A esto invita en este libro Tolentino.

El libro comunica sabiduría existencial, no para aprender más cosas, sino para aprender a vivir y a disfrutar la vida. Y no porque se presente una imagen edulcorada de la existencia, sino todo lo contrario: la vida nos ofrece de todo, y no todo es grato, pero lo sabio es aprender a aceptarlo todo, como es. Dice, en la pág. 37: “Condicionar el gozo por la vida a una felicidad soñada es ya renunciar a él, porque la vida es decepcionante (no temamos esta palabra)”.

Invito desde este breve comentario a la lectura de este libro. Quizá el mejor modo de hacerlo es ofrecer alguna de las pinceladas que a lo largo de estas breves páginas nos ofrece el autor. Son una buena muestra del tesoro que habita en esta obra:

- “Ser es habitar, en creativa continuidad, la condición inacabada de uno mismo y del mundo”.
 - “La vida de cada uno de nosotros no se basta a sí misma: necesitamos siempre la mirada del otro”.
 - “Nuestras vidas son un receptáculo del don”.
 - “Mientras no les agradezcamos a Dios, a la vida y a los demás lo que no nos han dado, parece que nuestra oración queda incompleta”.
 - “Nuestro objetivo, no confesado pero evidente, pasa a ser transitar por la vida (o lo que nos resta de ella) con la categoría de víctimas”.
 - “Quien no tenga paciencia para esperar que germine la simiente, jamás experimentará la alegría de verla florecer”.
 - La compasión es también la sabiduría de resistir al impulso de la imposible fusión”.
 - “El pesimismo es, muy a menudo, la respuesta más fácil a la presión del tiempo”.
 - “Bienaventurados los que cultivan flores, pero interrumpen su labor ante ellas, disponibles y extasiados”.
 - “Con frecuencia el sufrimiento debe excavar primero en nosotros la profundidad que después vendrá a llenar la alegría”.
 - “Puede que la utopía no sea simplemente una pregunta hecha al futuro, sino una interrogación sobre el modo de invocar nuestro pasado, el remoto y el inmediato, a un presente que acepte el riesgo de la incertidumbre como lugar posible de su reinvención”.
 - “La mayoría de las veces, la almohada es mejor consejera que la pantalla”.
 - “Cuando un ser humano siente un deseo lo suficientemente fuerte para asumir todos los riesgos de su propio ser, está preparado para honrar la vida de la que es portador”.
 - “La saciedad que se obtiene mediante el consumo es una prisión del deseo”.
- Estas son algunas de las perlas que aparecen en el libro. Cada una de ellas tiene valor por sí misma. El autor las encadena creando un tejido denso y bello, sin desperdicio. Hay reflexiones y pinceladas sobre estética, política,

filosofía, ecología, humanidad, sentimiento religioso, gratitud, gratuidad, contemplación, atención, cuidado, invitación al asombro...

Merece la pena su lectura.

De forma sencilla, sin citar científicamente, como un amigo que sencillamente aconseja, se propone el pensamiento o la experiencia de otros autores (filósofos, novelistas, poetas, testigos de vida) que ayudan aún más a profundizar y a desear una vida con sentido.

Esteban de Vega Alonso

Thomas ZANGIG, *El corazón transformado, Espiritualidad, religión y lucha por la integridad*, PPC, Madrid 2018, 441 págs.

Obra extensa, de fácil lectura por el tono vital con que está escrita, si bien bastante repetitiva. En ella, el autor intenta expresar, a partir de su propio recorrido vital, la transformación que se produjo en su vida, desde la vivencia un tanto apagada y monótona de una religiosidad heredada a una vivencia mucho más personal e intensa, en la que las características de la religiosidad tradicional no se suprimen, pero sí adquieren tonos mucho más experienciales, personales e ínti-

mos. Y, por encima de todo, transformadores de la propia realidad. De ahí el título y el subtítulo.

En la pág. 9, todavía dentro del prólogo, dice: “Yo sí creo en la existencia de una fuerza vital, de una Energía, Espíritu, Padre/Madre, Santo, Presencia amorosa o divino misterio creativo”. Leer estas ideas fue como una invitación a abandonar la lectura del libro, pensando que se trataba de una manifestación más de la plasmación personal de una vivencia de nueva religiosidad en la que el Dios personal se transmuta en la Energía informe que se fusiona con la persona y transmuta la vivencia de la fe en Dios en una fe en no sé qué. Pero al seguir leyendo un poco más vi que este autor, que hasta ahora me era totalmente desconocido, ingresó en el noviciado de los Hermanos de La Salle, por lo que seguí leyendo un poco más, hasta que decidí terminarlo, si bien sin mucha convicción. Con la misma falta de convicción con la que ahora aconsejaría su lectura, esa es la verdad.

El desarrollo de la obra es el siguiente: en el capítulo primero plantea el paradigma espiritual actual, destacando sus debilidades, para pasar, en el segundo capítulo, a presentar su propio recorrido vital, con la transfor-

mación profunda que va experimentando hasta llegar a la convicción de que es posible cambiar el corazón y la vida, si se personaliza y se supera el marco de la pura convención para llegar a la experiencia personal, venciendo los temores y las inercias. Esta experiencia continúa profundizándose en los capítulos tercero, cuarto y quinto, por lo que la mayor parte del libro la dedica a la descripción detallada de esa transformación.

En el capítulo sexto presenta a Jesús como modelo de vida y compañero en el proceso de transformación espiritual, desde el que es posible realizar una honda experiencia en la que lo personal y lo comunitario hacen síntesis. Esta orientación se completa en el capítulo séptimo, donde redefine el discipulado cristiano, presentando una nueva interpretación de lo que puede significar la unión mística con Cristo.

El capítulo octavo es menos personal y más especulativo, al abrirse al debate en torno a la naturaleza de la religión, la pertenencia religiosa y el valor de la práctica de la religión, en confrontación con la espiritualidad personal. El objetivo de este capítulo es presentar las características de una religión que realmente es transformadora. Y en el último capítulo, en el

que describe las características de un corazón transformado, presenta el fruto del proceso de transformación espiritual.

El autor confiesa que vivió fuertes dudas sobre la religión católica, pero confiesa que se mantiene fiel a esa fe, porque decidió quedarse en ella ya que se hizo consciente del tesoro enorme que le había ofrecido, a pesar de sus deficiencias. Pero se mantiene en ella sólo porque ha sido capaz de haber realizado una profunda síntesis entre lo personal y lo comunitario, lo recibido y lo transformado. De hecho, el libro parece dar a entender que el verdadero criterio para evaluar la solvencia de la vivencia religiosa se encuentra en la capacidad de transformar, de convertir, la propia existencia. Y como esto el autor lo comunica en primera persona y habla de las batallas ganadas al alcohol, la droga, las pérdidas de todo tipo, los problemas familiares, los fracasos, los miedos... por todos estos motivos no hay duda de que el autor habla con autoridad moral. Pero, insistiendo, como obra resulta repetitiva, muy subjetiva y un tanto ingenua.

Las páginas se encuentran plagadas de citas de otros autores, la mayoría de ellos norteamericanos, aunque algunos tienen obras traducidas al

castellano. Y ofrece, diagramas y esquemas en los que intenta sintetizar o reflejar de modo visual el proceso que va viviendo, en el que las palabras claves son “hambre”, “búsqueda”, “despertar” y “respuesta”.

Cristina RUIZ FERNÁNDEZ, *Vidas tocadas por Taizé*, San Pablo, Madrid 2018, 135 pp.

Libro muy sencillo y breve, como sencillo y breve será este comentario. En él, Cristina Ruiz, periodista, transmite su admiración y su pasión por Taizé, a partir de entrevistas muy vitales realizadas a distintas personas que han vivido o viven una relación muy intensa con Taizé. Y todo ello en el marco de preparación del encuentro de Taizé que tuvo lugar en la navidad de 2018 en Madrid, ciudad donde vive Cristina. El marco en el que se escribe es el encuentro de Madrid, con toda la ilusión que despertaba en su preparación y con el trabajo enorme que trajo consigo. Pero también se recogen referencias de otros encuentros mundiales, vividos por algunos de los entrevistados, lo cual da idea de que Taizé es mucho más que un lugar concreto de Francia y se está convirtiendo en una corriente que encuentra sedes y continuidad en otros muchos lugares del mundo, y que ya ha saltado en varias ocasio-

nes las fronteras de Europa.

Muchas veces se utiliza la expresión “Taizé cambia el corazón de las personas, cambia la vida de los jóvenes, cambia la mirada...”. Pero a veces se corrigen en el libro estas expresiones para hacer caer en la cuenta de que, en realidad, no es Taizé lo que hace que las cosas cambien, sino Dios mismo. Taizé es sólo el medio, la posibilidad, el lugar donde se produce el milagro, la disposición para el encuentro...

Las personas entrevistadas son siete, y entre ellas hay dos Hermanos de Taizé, uno de ellos el H. Alois, sucesor del H. Roger en la animación de la comunidad de Taizé; dos voluntarios de larga duración; una Hermana de la Congregación de San Andrés; una adulta comprometida con la acogida de inmigrantes y una joven que, a raíz de su participación en Taizé, vive actualmente como postulante en el monasterio de las trinitarias de Suesa, en Cantabria. Cristina, a partir de cada una de estas entrevistas, extrae lo más profundo de su vivencia a la vez que va poniendo el acento en determinadas dimensiones fundamentales de lo que significa Taizé: la importancia de la oración, la atracción de Taizé y la búsqueda de los jóvenes, la sencillez que transmite el estilo de Taizé, la so-

lidaridad, la comunión que se logra y multiplica, el discernimiento que provoca y la evolución vital que trae consigo...

Quien lee el libro, y especialmente si ha tenido la suerte de estar en Taizé, como es mi caso, se siente transportado a la colina y redescubre en su interior el eco de aquello que se va enunciando y la resonancia real de lo que se transmite. Quizá la palabra que más se repite en el libro, como experiencia fundamental de lo que significa Taizé, es la palabra “confianza”, que es la virtud a la que invitaba constantemente el H. Roger; pero también brillan otras actitudes con mucha fuerza: “hospitalidad”, “alegría”, “encuentro”...

A la vez que, a partir de las entrevistas se conoce con mayor hondura lo que supone Taizé en la vida de las personas que se han dejado “tocar” en profundidad por este lugar y por todo lo que significa, el libro permite conocer también otros aspectos muy interesantes de su historia, como por ejemplo cómo se realizó la construcción de la gran iglesia y las dudas que le ocasionaba al H. Roger la construcción de una iglesia tan grande. Sin embargo, y a pesar de esas dudas, el H. Roger tuvo que impulsar que la iglesia se agrandara aún más, porque

la afluencia de jóvenes seguía superando todas las previsiones; o que ante la tumba del H. Roger rezaron conjuntamente el H. Alois y la madre de la mujer perturbada que asesinó al H. Roger; o el proceso por el que la congregación de religiosas de San Andrés se instaló hace ya décadas en Taizé y la labor concreta que realizan desde entonces; o el modo en que se organizan y desarrollan los encuentros internacionales; o cómo transcurre la vida de los voluntarios de larga duración; o la labor de acogida que realizan los monjes de Taizé con los inmigrantes y refugiados, y su implicación en favor de los más desfavorecidos en distintos lugares del mundo...

En la última parte del libro, a modo de epílogo, se incluye una entrevista más, a una mujer madrileña que también ha participado en Taizé durante sus años de juventud y que ha pretendido vivir en comunidad su vida cotidiana, sin haberlo logrado, pero que ha descubierto la importancia de la oración y la necesidad de cultivarla; por este motivo, esta mujer es una de las responsables de que desde hace más de veinte años exista en Madrid una oración semanal al estilo de Taizé. Es una buena forma de terminar el libro expresando que Taizé es mucho más que una anécdota muy interesante en la vida, sino una

llamada constante a la búsqueda del encuentro con Dios y la transformación del mundo en una realidad más bella, justa y fraterna.

Esteban de Vega Alonso

Darío MOLLÁ LLÁCER, De acompañante a acompañante, Una espiritualidad para el encuentro, Narcea, Madrid 2018, 146 pp.

Desde las primeras páginas este libro dejar claro que no pretende decir a quien desea iniciar el camino del acompañamiento lo que ha de hacer, sino lo que a de ser y vivir. Y realmente este libro, breve y sencillo, cumple este objetivo. Tanto, que a veces el lector se queda con las ganas de encontrar alguna orientación de tipo más práctico y operativo. Pero no las hay. Quizá porque lo más práctico, y hay que reconocerlo, es tener muy claro en qué consiste el acompañamiento, dónde están las verdaderas fuentes para acompañar y las actitudes fundamentales que tiene el acompañante debe vivir y alimentar.

Y con estas pocas líneas está presentado este libro, porque realmente de eso se trata: acercarse y profundizar

en las dimensiones que debe cuidar el acompañante, dimensiones que va desgranando capítulo a capítulo: fe, oración, abnegación, humildad, confianza, misericordia, discernimiento, eclesialidad, acogida, acompañamiento del sufrimiento...

Quizá lo más importante es que todo lo que comunica lo hace desde la experiencia de alguien que sabe lo que es el acompañamiento, que lo ha vivido, que se dedica a ello. Por eso el título es cierto: se trata de un acompañante que se dirige a otros acompañantes, ofreciendo no tanto estrategias cuanto la experiencia real, fundamentada en lo que es realmente importante: la experiencia de fe y el sentimiento de compartir una misión que Dios mismo confía y que implica profundamente a la persona de quien acompaña, con toda la humildad. Pero, aun así, no es un libro teórico, sino un libro experiencial.

Por eso parte del libro se dedica a poner sobre aviso de las tentaciones que pueden rondar a un acompañante que, a pesar de la buena voluntad, pueda confundir el acompañamiento con lo que no lo es: el suplantar al acompañado, el deseo, a veces despercebido, de cobrar el servicio de diversas formas, por ejemplo con chantajes afectivos, el orgullo, la de-

pendencia del éxito, la incapacidad de asumir el fracaso... Consejos muy adecuados, porque las tentaciones son muy reales.

Entre las dimensiones fundamentales del acompañante, quizá la más básica es la de sentirse enviado. Por eso, el acompañante debe tener el valor de atreverse a pensar en sí mismo como un co-laborador con Dios. De ahí que la oración, el discernimiento profundo, la humildad, la capacidad de aprender, la gratitud, la perplejidad ante la confianza que Dios nos manifiesta... deban ser actitudes que el acompañante debe cultivar. Y esto sin olvidar que uno nunca termina de aprender totalmente en qué consiste esta tarea y sólo aprende a hacerlo en el propio ejercicio de acompañar, por más que la lectura y la formación sean imprescindibles.

El libro es interesante porque a los contenidos de tipo experiencial y bien fundamentados que aporta, añade en cada uno de los capítulos unas cuantas páginas a partir del comentario de distintos pasajes bíblicos. Estos comentarios son muy certeros, sencillos a la vez que profundos, y en torno a textos que, en clave bíblica, ayudan a profundizar en el contenido propio del capítulo. Cada uno de los comentarios tiene valor en sí mismo,

a la vez que enriquecen el variado mosaico que configura lo que entendemos por acompañamiento. Los textos escogidos son el de la incredulidad de Tomás, la mujer cananea, el lavatorio, el buen samaritano, la incapacidad de los discípulos de obrar algún milagro, la oveja perdida, la enseñanza sobre el sábado, el endemoniado de Gerasa y la multiplicación. De cada texto, Darío Mollá extrae aplicación, reflexión teológica y fundamentación para profundizar en lo que es el acompañamiento cristiano.

Esteban de Vega Alonso

VIDA RELIGIOSA

PAPA FRANCISCO-Fernando PRADO, La Fuerza de la vocación, La vida consagrada hoy, Papa Francisco y Fernando Prado, Publicaciones Claret, Madrid 2018, 116 pp.

Esta breve obra es el resultado de un diálogo en el que intervienen el Papa Francisco y el claretiano, Director de las Publicaciones Claretianas, Fernando Prado. El tema es la vida religiosa. En este libro, por tanto, recoge las respuestas directas a las preguntas que Fernando va formulando. En ellas, el Papa Francisco va comentando, con transparencia y sinceridad,

su visión sobre el momento actual de la vida religiosa, realidad a la que, obviamente, es muy sensible, porque está hablando para toda la Iglesia, y especialmente para la vida religiosa, de sus propios hermanos religiosos.

Fernando Prado, en el inicio del libro, comenta que el Papa asume un riesgo, porque no deseó tener antes de la entrevista las preguntas que se le iban a formular, sino que las abordó directamente, sin una preparación previa. Se somete, por tanto, a la vulnerabilidad de un modo sincero y abierto, dependiendo totalmente de la inspiración del momento. Pero se nota que este es un tema muy reflexionado y vivido por el Papa.

El libro es, pues, un diálogo, que se produjo a lo largo de casi cuatro horas, en una tarde calurosa de verano. Fernando Prado se encarga de hacer que este diálogo quede muy bien enmarcado en el lugar, momento y ambiente en que se produjo, porque describe con mimo y narra con precisión el modo en que se produjo: las obras de arte que adornaban el lugar de la entrevista, las personas que le recibieron, la cercanía y atención que le prestó el Papa, los descansos que tomaron, la fortaleza y energía del Papa Francisco, a pesar de su edad... Estas pequeñas notas narrativas, a

veces expresadas entre corchetes, permiten disfrutar especialmente de la entrevista, por otra parte muy interesante, y son como pequeños intermedios que ayudan a reforzar la atención ante el siguiente acto.

Es a partir de la pág. 25, tras las motivaciones que le llevaron a decidirse por este libro y las presentaciones que se producen entre el Papa y Fernando, cuando comienza propiamente el tema de la entrevista, y que Fernando propone a partir de una cita de la *Novo Millenio ineunte*, del Papa Juan Pablo II: “Es necesario recordar con gratitud el pasado, vivir el presente con pasión y abrirse al futuro con confianza”. Así pues, el libro se estructura en estos tres capítulos: pasado, presente y futuro.

En el pasado, el Papa avisa contra diversas tentaciones actuales, pero que arrastramos del pasado lejano o cercano: la ideología, el pelagianismo, el exceso de reglamentación, el feminismo exacerbado, la obediencia sin sentido, la pura funcionalidad, el clericalismo, que, señala, no afecta sólo a los clérigos... Por el contrario, subraya la importancia de la inserción eclesial en el medio cultural en que se encuentre, la purificación necesaria del carisma institucional, para rescatar lo más auténtico que hoy debiera estar en alza

en cada institución, la necesidad de recuperar la “memoria fecunda”...

En el capítulo del presente, de nuevo insiste en que no basta la obediencia, por más que sea muy jesuítica, sino que es imprescindible el discernimiento; se detiene en la creatividad comunicativa, la imprescindible y necesariamente creciente relación con los laicos, la necesidad de una seria formación espiritual. Aborda de modo específico, a partir de preguntas muy concretas, la realidad de las vocaciones, diciendo que nunca debemos perder la esperanza y que siempre serán posibles nuevas vocaciones si somos capaces de vivir una profunda “exposición profética”. A lo que nunca se puede renunciar, y afirma que es el mejor consejo que puede dar, es a “vivir la alegría de la consagración”.

Aborda también en este capítulo, el más extenso, la realidad de la homosexualidad, la formación permanente, la mundanidad, tema muy recurrente en el Papa, la vida de comunidad, la realidad de la autoridad en la vida religiosa, a la que considera que en los últimos tiempos ha cambiado a mejor, la pobreza, la fecundidad. Afirma, de un modo muy concreto, que el superior religioso debe atender fundamentalmente tres cosas: rezar, querer al hermano y escucharle.

Finalmente, en el capítulo dedicado al futuro, afirma que la opción fundamental de la vida religiosa hoy consiste en caminar constantemente en la presencia de Dios, manteniendo vivos los grandes temas que ha ido abordando desde el Concilio Vaticano II. Da una importancia fundamental en este capítulo a la misión, concretando la necesidad de fortalecer la misión “ad gentes”, la inculturación y la misión compartida con los laicos. Dedicaba también unos párrafos muy interesantes al discernimiento, a la educación, en su lucha contra la ignorancia, a diferenciar el servicio y el servilismo y a la implicación de la vida religiosa en la ecología, en consonancia con su exhortación *Laudato si*.

Al terminar el libro, Fernando Prado, de forma sencilla pero muy intensa, destaca lo que ha apreciado del Papa, a quien, por otra parte, ya había tenido la posibilidad de acercarse en otros momentos. Destaca muy especialmente su cercanía, fortaleza, buen humor, atención, sinceridad, capacidad de comunicación, sabiduría, pasión... Y termina con estas reveladoras palabras: “Un auténtico enamorado de Jesús”.

Esteban de Vega Alonso



